

JOSÉ MARÍA
TOJEIRA PELAYO



Nace en Vigo en 1947; nacionalizado salvadoreño. Estudió Filosofía y posteriormente Teología en la Universidad de Comillas. Es sacerdote de la Compañía de Jesús y lleva trabajando en Centroamérica desde 1969.

Fue destinado primero a Honduras, donde realizó trabajo social con grupos campesinos y fue director de radio El Progreso.

En 1985 es enviado a El Salvador con el nombramiento de superior de los estudiantes de Teología de la Compañía de Jesús. Fue provincial de los jesuitas para Centroamérica de 1988 a 1995.

En 1989, tras el asesinato de seis sacerdotes jesuitas en las instalaciones de la UCA, lideró el proceso legal en contra de los miembros de la Fuerza Armada de El Salvador, condenados como autores materiales del crimen.

Desde 1997 ocupa el cargo de Rector de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA) de El Salvador. Durante su gestión, la Universidad ha mantenido su tradicional proyección social y su línea de pensamiento progresista en temas sociales.

Autor de numerosos artículos, estudios y libros, entre otros "Panorama histórico de la Iglesia en Honduras", "Esperanzas y temores desde Centroamérica", "Breve historia de la Iglesia Centroamericana", "Orar la historia... y el conflicto".

"...el asesinato de mis compañeros me marcó de una manera que hizo que me volviera más radical frente a las injusticias, me volvió más combativo y aumentó mi responsabilidad pública".

Comunidades de **SOLIDARIDAD**

"Buscando mis amores - iré por esos montes y riberas, - ni cogeré las flores, - ni temeré las fieras, - y pasaré los fuertes y fronteras"
(San Juan de la Cruz).

La solidaridad es, al mismo tiempo, una carencia en el mundo en que vivimos, un anhelo de muchos y una preocupación permanente en el quehacer cristiano. Solidaridad que crece y se desarrolla en la medida en que la propia humanidad va tomando conciencia de su propia igualdad en dignidad y viendo, simultáneamente, la terrible e injusta realidad que la rodea. Ya Pío XI en 1931 denunciaba con fuerza *"el imperialismo internacional del dinero para el cual, donde el bien, allí la patria"*. Esta situación la reafirmaba con un tono especialmente duro Juan Pablo II, cuando en el año 2003 decía que *"hoy más que ayer, la guerra de los poderosos contra los débiles ha abierto profundas divisiones entre ricos y pobres. ¡Los pobres son legión! En el seno de un sistema económico injusto, con disonancias estructurales muy fuertes, la situación de los marginados se agrava de día en día"*.

En el campo no religioso Jesús Conill, profesor de ética en la Universidad de Valencia, menciona esta misma guerra como un panorama general cercano al genocidio: *"No olvidemos la otra guerra económica global, la existente entre los ricos y los pobres, cuyas repercusiones sociales son muy graves. Cabría pensar que se trata de una guerra de exterminio o, cuando menos, de marginación. Porque ya no se necesita su población —son demasiada gente, se dice— y cada vez se necesitan menos sus materias primas; al parecer sólo los necesitamos como basurero"*.

Esta guerra se concreta sistemáticamente en estructuras de consumo no viables, que a su vez tienen su origen en modos de apropiación individual de la riqueza producida por todos y todas a nivel mundial, pero que benefician exclusiva y excluyentemente a sectores minoritarios del mundo en que vivimos. No faltan los expertos que dicen que si los patrones de consumo norteamericanos se extendieran a potencias emergentes, como China e India, los recursos y materias primas de la humanidad se terminarían en pocos años. Hay ciertamente bienes que no son universalizables, pero que se presentan como signos de calidad de vida, de desarrollo, de estatus, indispensa-



bles casi para ser considerado persona. Y que por lo tanto todo el mundo aspira a poseerlos, creando desasosiego, migraciones, desarraigo e incluso rebelión violenta en quienes se ven privados del acceso a los mismos.

Siendo como son universales los problemas que enfrentamos, no basta la ética individual para superarlos. Las nuevas tecnologías nos ofrecen, si sabemos utilizarlos para liberarnos, los mismos mecanismos que hoy predominantemente se usan para oprimir y/o excluir. Y las redes internacionales de solidaridad se multiplican también en dirección liberadora. Pero, sin vivencia comunitaria que profundice opciones y radicalice coherencias, será difícil vencer la maquinaria de los poderes establecidos que maquilla, miente y manipula mentes y conciencias. *“Ante retos universales no cabe sino la respuesta de una actitud universalista, que tiene por horizonte para la toma de decisiones el bien universal, aunque sea preciso construirlo desde el bien local”* (J. Conill).

Frente a esa realidad de guerra contra los pobres han ido surgiendo cada día más estructuras solidarias a nivel internacional, y se han multiplicado los esfuerzos de grupos y personas que bajo diversos nombres han hecho avanzar la idea de una comunidad internacional fraterna y la convicción de que la humanidad es una, y debe por tanto ser solidaria. El Concilio Vaticano II, integrando las respuestas a los problemas mundiales en la doctrina del bien común, recomendaba la colaboración de los católicos *“con todos los hombres de buena voluntad para promover cuanto hay de verdadero, de justo, de bueno, de amable”* (Fil 4, 8) y proponía como misión laical *“promover este sentido de solidaridad (entre los pueblos) y convertirlo en sincero y auténtico afecto de fraternidad”*. Sin embargo, y a pesar del crecimiento de las estructuras

y los compromisos personales de solidaridad, la necesidad de crear una nueva cultura solidaria y a partir de ella una transformación del mundo en que vivimos, sigue presente y cada vez más desafiante en este entorno global cada día más desigual y al mismo tiempo más cercano y conocido. Crece el número de personas que se unen y buscan caminos frente a las injusticias existentes insistiendo en la afirmación de que “otro mundo es posible”. Y es desde estas experiencias en las que lo global y lo local se encuentran, desde donde de diversos modos surge la idea de las comunidades de solidaridad.

Las sociedades sólo se transforman y mejoran en la medida en que se asumen valores comunitariamente. Y para ello, en este mundo tan individualizado, debemos crear e insistir en la creación de comunidades de solidaridad. En un primer momento diríamos que comunidad de solidaridad es aquella en la que sus miembros viven la solidaridad hacia el interior del grupo y hacia el exterior del mismo como vínculo principal de su unión y de su acción. E incluso que viven la solidaridad hacia adentro no tanto como el fin primordial de su relación comunitaria, sino como el resultado de estar unidos por unos mismos sentimientos de solidaridad ante los problemas existentes. La solidaridad hacia fuera sería lo primordial, y la solidaridad interna el resultado de ese mismo espíritu solidario que lanza a la comunidad hacia fuera de sí. Incluso el deseo de modelar una individualidad rica, se mueve y se gestiona comunitariamente mirando al exterior y a la construcción del bien más universal.

Lo que define a estas comunidades es la solidaridad, no entendida como espectáculo o campaña, sino como profunda compasión y anhelo de justicia al lado de los más pobres y desde los pobres. La solidaridad no se puede definir como un favor a otro, realizado desde el que tiene y dirigido benevolentemente hacia



el que no tiene, sino como una necesidad profunda de devolver dignidad a quienes han sufrido el despojo de la misma. “*La solidaridad recuerda la injusticia y los derechos pendientes de los no-sujetos que luchan desde y con la razón de los vencidos y hace suya la causa de los vencidos y olvidados de la historia*” (E. Vidal). Ignacio Ellacuría insistía con razón en que lo ideales utópicos (la libertad de todos posibilitando la libertad de cada uno), cuando son asumidos “*por las mayorías populares, llegan a convertirse en una fuerza mayor que la fuerza de las armas*”. Pero este llegar a asumir valores utópicos, hoy en día, solamente se puede lograr, y sobre todo mantener, con los grados de participación y conciencia adecuados para el cambio, desde la vivencia y el apoyo comunitario.

La comunidad de solidaridad no puede caer en el culto a la seguridad del grupo cerrado, que convierte la convivencia y la solidaridad en una especie de oasis en medio de un mundo injusto, hostil y domina-

do por el afán de dinero. Ignacio Ellacuría solía repetir que frente a situaciones de injusticia había que dar siempre tres pasos, si se quería superar la situación: **Hacerse cargo de la realidad**, conocerla a fondo, analizarla con la mayor precisión posible. **Cargar con la realidad**, saber que la realidad injusta pesa y se revuelve agresivamente contra quien la enfrenta. **Y encargarse de la realidad**, ser capaz de de construirla y reconstruirla sobre bases justas y solidarias. Si en los tiempos en los que hablaba Ellacuría la comunidad se suponía, hoy, en estos tiempos de globalización que impulsan hacia relaciones humanas cada vez más individualistas y menos personales, la necesidad de comunidad se vuelve todavía más urgente para poder enfrentar la triple tarea propuesta. Sin el establecimiento firme de comunidades verdaderamente solidarias no hay futuro, ni para el mundo en que vivimos ni para la fe cristiana.

■ LA MIRADA DE JOSÉ LUIS CORTÉS

